

El *P'urhúch*, *p'urhúch*, danza que los niños convirtieron en juego

José Rafael Rodríguez López¹

1 Investigador independiente.

LA PRESENTE DESCRIPCIÓN etnográfica de la danza del *P'urhúch*, *p'urhúch*, registrada a mediados de junio de 2005 en la comunidad *p'urhépecha* de Angahuan, Michoacán, nos muestra cómo una intervención infantil a través del juego fue capaz de preservar una práctica dancística ritual de carácter agrícola, de probable origen prehispánico. Una danza que de no haber sido adoptada y adaptada por y para goce y disfrute infantil, habría desaparecido de la faz cultural de dicha comunidad.

Dentro de los juegos no rituales de entretenimiento que en las comunidades *p'urhépecha* alguna vez se practicaron –o aún se practican– está el popular *uarukua*, también llamado *bola takua*, literalmente “juego de pelota” o *bola tan* “pegarle a la pelota”. Así mismo, entre los juegos que la mayor parte de la población infantil practica de manera regular se encuentra el *turumba* o “trompo”, las *k'anik* o “canicas”, juegos de tablero como el *k'uilichi* y más recientemente el básquetbol; todas estas son actividades lúdicas de regocijo y entretenimiento popular.

Respecto a algunos juegos que considero rituales y propios de adultos de las comunidades p'urhépecha, tenemos, por ejemplo, el de la compra-venta de los toritos y el del *torito chanare* "bailar al torito" visibles únicamente en las fiestas del Carnaval de Ahuiran; los "*juegos de los patos*", de Tzetzénguaro durante las celebraciones de Todos Santos (Argueta 1986, 82) y el juego del columpio de Pomacuarán, ampliamente practicado dentro del marco de las fiestas de Corpus Christi. Todos ellos juegos rituales cuyas características intrínsecas consisten en que sólo son practicados por la población adulta, sacralizan la actividad humana que representan, además de que son contruidos desde y para la fiesta.

Sin embargo, en la comunidad de Angahuan, Michoacán, existe una danza llamada *P'urhúch, p'urhúch* la cual puede haberse originado en un posible culto religioso de origen mesoamericano. Hasta 1940-1950 representó una parte de la actividad agrícola de temporal, revestida de sacralidad ritual, sobre todo cuando Angahuan se enfrentó a la falta del agua de lluvia. Cuando la población adulta la abandonó como práctica, los niños varones la retomaron y transformaron en un jocoso juego lúdico revestido de tradición, propiciando así su preservación. Los vocablos *P'urhúch, p'urhúch* no poseen un significado literal específico, sólo son articulaciones onomatopéyicas que imitan los sonoros estruendos que suelen producir las tormentas de la temporada de lluvias.

El juego del *P'urhúch, p'urhúch* que hoy en día los infantes practican en temporadas de extendido estío, no dista mucho de cuando los adultos lo practicaban en forma de culto, en ocasión de la misma situación de sequía, con la salvedad de que ahora se realiza haciendo una representación jocosa de elementos de la naturaleza como la lluvia, el viento, el trueno y los relámpagos.

No podemos pasar por alto que, tanto en el pasado como en el presente, la falta de lluvia es la verdadera motivación de la acción dancística del ritual para atraer las lluvias. Si a mediados de junio no han caído las primeras lloviznas, las autoridades tradicionales como cargueros y la población en general organizan un *P'urhúch, p'urhúch*, el cual se conforma por uno o dos músicos y un número

ilimitado de danzantes. Los niños, con música y danza, invocan a los mismos elementos de la naturaleza como un medio para ganarse una retribución económica o material por su bulliciosa y graciosa actuación frente a comercios y casas particulares.

Así, hoy, en forma de juego lúdico, desprovisto de toda sacralidad, aunque de manera idéntica a como lo realizaban los adultos (con un bote de hojalata y un par de baquetas como instrumento musical, con escandalosa gritería) los infantes imitan los fuertes vientos y, con los pies, los truenos generados por los relámpagos y el choque de las gotas de agua o el granizo estrellándose contra el suelo. Pero es en el sonido de las percusiones en pulsos ternarios de los pies contra un suelo lodoso donde se encuentra la esencia del *P'urhúch*, *p'urhúch*. Se dice que el choque de los pies contra el fango que se forma al verter agua sobre la tierra seca propicia la pronta llegada de las lluvias.

La tumultuosa comparsa de niños y pubertos que presencié a principios de junio de 2005, año en que las lluvias se habían retrasado, me proporcionó la oportunidad de atestiguar y registrar la ejecución escandalosa, libre, espontánea y divertida del juego que indistintamente nombran como *P'urhúch*, *p'urhúch*.

En aquella ocasión la orquestación instrumental provenía de un abollado bote vacío de hojalata de unos dos litros (para tal efecto, el instrumento musical a utilizar puede ser cualquier objeto de algún material sólido capaz de generar agudos y estridentes sonidos). Con el improvisado instrumento un chico ejecutó la música o, mejor dicho, los grupetos, en pulso ternario, componían los ritmos que marcaban los pasos dancísticos del juego del *p'urhúch*. Además, complementando el contexto sonoro, la tropilla de infantes emitía todo tipo de escandalosas expresiones guturales y bocales sin aparente sentido lógico o de comprensión.

En la numerosa comparsa del juego de la danza había niños vestidos con los harapos más sucios y lastimeros que pudieron haberse encontrado, huaraches viejos y cada uno iba provisto de un bastón y una horrorosa máscara de cuero crudo de venado –aún con el pelo– sobre su rostro. Adoptaron la postura encorvada de los

viejos –similar a la postura corporal de la danza del mismo nombre– y así, disfrazados de *cherékicha* (“feos”), derramaron suficiente agua para formar un lodazal en el que, utilizando el bastón como en la danza de los viejitos, brincaron alrededor del improvisado músico, quien hincado sobre el suelo lodoso, con un par de maderos a manera de burdas baquetas, percutió su bote para hacer el acompañamiento musical.

Tras unos breves minutos de danza frente a un pequeño establecimiento comercial o vivienda particular, se detenían para ir al frente de otra locación y así, nuevamente, comenzar otra ronda de juego y danza. Al término de cada una, los propietarios de los comercios, transeúntes ocasionales y moradores de las casas donde danzaban les aplaudían y agradecían con dinero o alimentos. Parece el objetivo central del juego del *P’urhúch*, *p’urhúch* de los niños consiste en el acto de diversión para sí mismos y para quienes los contemplan, así como ganarse unas monedas o alguna retribución. La particularidad del *P’urhúch*, *p’urhúch*, como en el antiguo ritual, es verter abundante agua en el espacio circular donde se va a danzar.

A lo largo de varios episodios de actuación durante el juego la percusión mantuvo una constante rítmica en compás ternario, mientras que los niños en medio del improvisado lodazal gritaban y chapoteaban a un ritmo más libre y desincronizado, pero igualmente ternario. La combinación rítmica de pulsos (instrumento, gritos y chapoteo), a destiempo, sorprendentemente causaba un efecto acústico bastante cercano a un torrencial chubasco.

Los mismos niños protagonistas de la danza, así como algunos adultos que aplaudían dicen que la imitación de los sonidos del aguacero producidos por el chacualeo de los pies en el lodo tenía como significado llamar a la lluvia para que no se secan sus siembras.

Algunos adultos están interesados en recuperar, con ayuda de la memoria de las personas más ancianas, los contenidos simbólicos de la danza, cuando entre los años cuarenta y cincuenta del siglo veinte se practicaba desde una vertiente sagrada de ritualidad.

La presente descripción etnográfica del *P'urhúch*, *p'rhúch*, registrada a mediados junio de 2005 en la comunidad *p'urhépecha* de Angahuan nos muestra cómo una intervención infantil a través del juego fue capaz de preservar una práctica dancística ritual de carácter agrícola de probable origen prehispánico. De no haber sido adoptada y adaptada por los niños habría desaparecido. Además, nos permite ver que la ritualización de la danza en el fondo nunca desapareció: solamente se transformó a través de la acción de los pequeños. En esencia, el *P'urhúch*, *p'urhúch* fue un rito musical y dancístico que la población adulta abandonó como práctica cargada de simbolismos religiosos, quizá relacionado con las deidades de la lluvia, del trueno y del agua.

No podemos asegurar si la danza del *P'urhúch*, *p'urhúch* tiene orígenes prehispánicos. Quizá sea una reminiscencia de fragmentos culturales prehispánicos y coloniales, porque la evidencia oral recogida nos revela que: 1) existió de manera ritual y religiosa hasta la primera mitad del siglo veinte; 2) a partir de la segunda mitad se transforma en juego lúdico infantil y 3) su posible recuperación ritual en las primeras décadas del siglo veintiuno.

Si “el juego se debe definir como una actividad libre y voluntaria, como fuente de alegría y diversión” (Caillois 1994, 31), entonces el *P'urhúch*, *p'urhúch* cumple con tal definición, porque la estructura musical, dancística y la parafernalia por sí mismas proporcionan alegría a los niños y les resultan divertidas, además su participación es libre y voluntaria. Así mismo, es ejemplo vivo de juegos que se elaboran sobre creencias ya perdidas, o ritos que el paso del tiempo se ha encargado de desproveer de significaciones místicas o sagradas (Caillois 1994, 106).

Tras reflexionar sobre la apariencia arcaica de la práctica dancística y sonora observada en el juego del *P'urhúch*, *p'urhúch*, se planteó la hipótesis de que en algún momento del pasado de Angahuan la danza bien pudo acompañarse de un *uirhinkua* o *teponaztli*. En la mayoría de las subregiones indígenas de filiación lingüística *p'urhépecha* (meseta, lacustre de Pátzcuaro, cañada y ciénega) siguen en uso idiófonos de percusión (*uirhinkuas* o *teponaztlis*) en las fiestas

religiosas y rituales (Rodríguez, 2018). Es decir, aún existen pueblos que emplean *uirhinkuas* o *teponaztlis* en funciones rituales.

Angahuan, ubicado dentro de la poligonal de la meseta p'urhépecha, es un caso un tanto diferente. Esto se debe a que la tradición y la memoria oral no permiten saber si en algún momento de su historia la comunidad hizo uso de *uirhinkuas* o *teponaztlis* y si llegaron a participar en la danza del *P'urhúch, p'urhúch*. Como en la región y subregiones indígenas existe la influencia del uso y práctica de tales idiófonos, sería imposible negar que en la comunidad en cuestión no estuvieran presentes, musicalizando la danza ritual del *P'urhúch, p'urhúch*. Queda pendiente realizar una investigación en profundidad histórica y la actualización etnográfica que corrobore o descalifique tal suposición. La presente nota sólo busca destacar que el juego infantil del *P'urhúch, p'urhúch* de Angahuan desempeñó un papel trascendental en la preservación de una tradición musical de índole ritual y que, sin su intervención, con toda probabilidad, la danza hubiera desaparecido. Como objetivo secundario, tiene la intención de hacer público este primer registro etnográfico de la expresión dancística y sonora de una cultura musical indígena del estado de Michoacán.

REFERENCIAS

- Argueta, Arturo, Martha Merino, Tohtli Zubieta, Simón Campos, José Luis Chávez, Jaime Rueda, Jaime y Estela Peña. 1986. "*Japondarhu anapu*, o de la pesca en los lagos michoacanos". En Argueta, Arturo et al, *La pesca en aguas interiores*, 1-137. México: SEP.
- Caillois, Roger. 1994. *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. México: FCE.
- Rodríguez, Rafael. 2018. "La *uirhinkua* de Ahuiran. Simbología y sonoridad ritual en una comunidad p'urhépech". Tesis de doctorado. El Colegio de Michoacán.